

El primer testimonio publicado acerca de los sucesos del 30 de noviembre de 1956

The first published testimony about the events of November 30, 1956

MSc. Rafael Angel Borges-Betancourt

rborges@uo.edu.cu

Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, cuba

Resumen

El artículo se inicia con un comentario sobre el valor del testimonio como fuente histórica, una de las formas más usuales de historiografiar el proceso insurreccional cubano de la década del cincuenta, para luego hacer un análisis del primer texto de carácter testimonial sobre los sucesos del 30 de noviembre de 1956, publicado en la primera edición clandestina del periódico Revolución (órgano oficial del Movimiento Revolucionario 26 de Julio) que vio la luz en la primera quincena de febrero de 1957. Se pretende demostrar el valor de este testimonio como fuente a tener en cuenta en el estudio de esos sucesos. Precisamente con ese texto se dio continuidad a la tradición de testimoniar en cada etapa las luchas políticas y sociales del pueblo cubano.

Palabras clave: testimonio, historiografía, 30 de noviembre de 1956, insurrección, pueblo cubano.

Abstract

The article is started with a short commentary of the value of the testimony as historical source, and one of the more usual forms of [historiografiar] the insurrectionary process Cuban from the decade of the fifty; for then, make an analysis of the first text of testimonial character on the events of 30th November 1956 published, in the secret first edition of the periodic revolution (official organ of the revolutionary movement July 26) that saw the light in the fifteenth first of February 1957. It tries to get demonstrate the value of this testimony as source to keep in mind in the study of thoses events. Precisely with this text, there was continuity to the tradition of witnessing at each stage, the political and social struggles of the Cuban people. With which continuity to the tradition to testify in each stage, the political and social fights of the Cuban people.

Keywords: testimony, historiography, November 30, 1956, insurrection, Cuban people

Introducción

Se ha estimado que en el período revolucionario iniciado en 1959, la poesía y la novela se disputan el lugar de honor en cuanto al género que mejor ha reflejado la realidad prerrevolucionaria. “Bertillón 166” de José Soler Puig es “(...) el mejor documento del vivir angustioso de los últimos momentos de la dictadura de Batista (...)” (López, 1989, p. 265). Para otros escritores como Yolanda Portuondo, el testimonio es el género de la Revolución (Castro, 2001, pp. 183-184). En cualquiera de los casos se confirma la tesis que la línea histórica fundamental de la literatura cubana ha sido siempre mantener un estrecho nexo con la causa del progreso social y la Revolución (López, 1989, p. 256).

Un balance historiográfico ha precisado que una de las características fundamentales de la literatura histórica del período de 1952 a 1959 es “(...) el franco predominio de textos de carácter testimonial y las compilaciones de documentos, así como el número reducido de las obras históricas en sentido estricto (...)” (Zanetti, 2005, p. 66), situación a la cual no escapan los sucesos del 30 de noviembre de 1956. Esta tendencia obedece a diversas causas que no serán objeto de análisis en este artículo, pero destaca la ausencia de fondos documentales catalogados de la insurrección. También debe tenerse en cuenta que estas acciones fueron planeadas y ejecutadas bajo las más estrictas reglas de la clandestinidad, de ahí la necesidad e importancia de contar con el testimonio de sus protagonistas y participantes, sin la menor pretensión de absolutizar ni deificar el empleo de este en la re-construcción histórica.

Por tal motivo, se ha querido iniciar el artículo con un breve comentario acerca del valor del testimonio como fuente histórica, y una de las formas más usuales de historiografiar el proceso insurreccional cubano que aconteció en la década del cincuenta; para luego analizar el primer relato-testimonio de estos sucesos publicado en plena lucha contra la dictadura de Fulgencio Batista, en la primera edición clandestina del periódico *Revolución* (órgano oficial del Movimiento Revolucionario 26 de Julio) en febrero de 1957. El propósito radica en demostrar el valor de este testimonio como fuente a tener en cuenta en el estudio de esos sucesos. Precisamente con ese texto se dio continuidad a la tradición de testimoniar en cada etapa las luchas políticas y sociales del pueblo cubano.

El testimonio en la historia e historiografía del proceso revolucionario cubano

A lo largo de las etapas históricas del proceso revolucionario cubano se repetirá el hecho de que sus participantes y protagonistas han dado testimonio de sus luchas políticas y sociales “(...) con clara conciencia histórica de que se inscriben ya en una tradición, pervivirán por este tipo de esfuerzo, de que tendrán que ser leídos” (Cairo, 1989, p. 61). Esta regularidad se puso de manifiesto desde que se inició la lucha del pueblo cubano contra la dominación colonial española a mediados del siglo XIX.

De acuerdo con el criterio del Apóstol de la independencia de Cuba, la más grande obra cultural y mejor poesía que podían escribir los hombres del 68 había sido, justamente, hacer la Revolución. Entendía Martí que con independencia de los desequilibrios en cuanto al nivel artístico de las obras, lo importante era ante todo salvar para la memoria histórica de las nuevas generaciones ese extraordinario legado patriótico y entendía que su literatura no estaba en lo que escribían, sino en lo que hacían (Martí, 1973, pp. 229-235). Con este criterio coincidieron otros renombrados intelectuales y literatos cubanos, como el ensayista y escritor santiaguero José Antonio Portuondo, para quien estas obras: “Valen ante todo, como testimonio de los hombres que contribuyeron a la lucha por la libertad” (Iznaga, 1989, p. 13). De la misma manera, otros especialistas han considerado que ese juicio de valor es aplicable a todo el conjunto de obras que fueron escritas con un criterio participante y documental sobre los combates de nuestras guerras de independencia, que el crítico Ambrosio Fonet agrupó bajo el común denominador de “literatura de campaña”.

Se reconoce que lo realmente significativo y trascendente de esa literatura fue haber entregado el testimonio de lo vivido en cualquiera de sus múltiples formas, como necesario alimento de la memoria colectiva de un pueblo. No obstante, acerca del estrecho vínculo existente entre historia y literatura se ha precisado:

La literalidad (lo que hace de la obra una obra literaria de arte) no puede ser considerada fuera de la historia: la experiencia enseña que lo que es “hecho literario” para una época será fenómeno extraliterario para otra, o a la inversa. Y hay formas de expresión lingüística (“géneros”) -crónicas, memorias, discursos, cartas, testimonios, ensayos, etc.- que oscilan entre dos campos, inclinándose, de acuerdo con las circunstancias históricas, hacia uno u otro de ellos; en determinados momentos pueden incluso pasar, debido a su importancia social, a la cumbre jerárquica de valores (Belic y Brabak, 1986, p. 41).

La generación revolucionaria de los años treinta, concedora de la tradición patriótica y con objetivos similares de propaganda política, comienza a publicar trabajos en plena lucha antimachadista y antibatistiana en la prensa. Ana Cairo, especialista en los estudios históricos de literatura cubana, considera que en ese período el testimonio existe, pero solo un grupo de obras alcanza valor estético y, en consecuencia, la condición de obra de arte. Asimismo destaca el hecho de que todo testimonio interesa por su valor documental como fuente histórica, primaria, secundaria o terciaria, pues como sus predecesores, ellos no se proponían hacer literatura, sino que estaban participando en la política y diciendo la verdad para la historia. Entre las que alcanzan la condición de obra de arte se encuentran las obras testimoniales escritas por dos de sus protagonistas: Pablo de la Torriente Brau y Raúl Roa.

Similar postura mantuvo la generación del centenario del natalicio martiano, desde que se lanzó abiertamente al ruedo de la lucha política y revolucionaria con los asaltos a los cuarteles Moncada y Céspedes el 26 de julio de 1953. A través de su alegato de

autodefensa, más conocido como “La Historia me absolverá”, Fidel Castro dio un formidable testimonio de la lucha que se iniciaba, al que le sucedieron otros bajo el fragor de los combates en las montañas, la clandestinidad y el exilio, recogidos en cartas, proclamas, diarios de campaña, algunos de los cuales todavía permanecen inéditos.

En el período iniciado a partir de enero de 1959 se dio continuidad a la tradición pues la Revolución no solo exigía sino que necesitaba del testimonio de los que la hicieron, ahora potenciado con las amplias posibilidades que brindaba esta para la publicación de libros y difusión de la lectura. En esta faena también el comandante Ernesto Che Guevara fue un pionero, cuando en la década del sesenta vieron la luz una serie de artículos suyos en la revista *Verde Olivo*, los que posteriormente fueron reunidos en el volumen clásico del género titulado: *Pasajes de la guerra revolucionaria*. En el prólogo a la primera edición su autor aspiraba “(...) a que se desarrolle el tema por cada uno de los que lo han vivido” (Guevara, 2006, p. IX) y solo pedía a que fueran estrictamente veraces.

Ese mismo año, el escritor Edmundo Desnoes compiló y publicó el libro: *La Sierra y el Llano* donde se reunían una serie de testimonios y documentos de combatientes de uno y otro frente de lucha. A estas primeras obras testimoniales siguieron otras escritas por sus propios protagonistas o por intermedio de historiadores, algunas de indudable calidad literaria, como fueron los libros de los comandantes Juan Almeida y Efigenio Ameijeiras, por solo mencionar dos ejemplos. Posteriormente han visto la luz otros libros de carácter testimonial sobre ese período y la Revolución en el poder, no obstante, se estima que aún la cuantía y calidad de estas obras resultan insuficientes.

Una nueva etapa de la literatura testimonial se inauguró con la novela “Cimarrón” de Miguel Barnet, en la cual se recoge el proceso histórico-cultural desde la [colonia](#) hasta la [Revolución cubana](#), expuesto por su protagonista, Esteban Montejo: [esclavo](#), [cimarrón](#), [mambí](#) y miembro del Partido Socialista Popular.

Lo anterior pone de manifiesto que luego de salvar una encrucijada de su historia, todos los pueblos tienen mucho que contar, lo que explica la cuantía, el valor y la dimensión que adquiere la literatura testimonial en tales circunstancias. En el caso cubano, de acuerdo al maestro de varias generaciones de historiadores cubanos, Julio Le Riverand, nunca antes de 1868 esa literatura ocupó un espacio notorio; después, y entroncando con las experiencias de la Revolución de 1895, adquirió mayor significación, mostrando su variedad y posibilidades de expresión: diarios de campaña, totales o parciales, relatos diversos, discursos, reflexiones de lo pasado, informes, correspondencia, poemas y canciones de los combatientes, todo lo cual podía evocar, y así sucedía, hechos y situaciones que eran como mensajes del pasado por quienes lo habían vivido. Eso

explica que aún con más riqueza, después de varias décadas de desesperanza, se dieron desde 1953 las condiciones para un vigoroso refloreamiento de la literatura testimonial. Para el destacado historiador, en alguna de las numerosas formas en que es posible registrarlo y transmitirlo, lo esencial será siempre la conservación del estilo del testigo, por lo que serán tanto más valiosos cuantos más fieles sean al discurso real del testigo.

La Valerosa Acción de Santiago de Cuba

El testimonio de algunos de los protagonistas y participantes en las acciones armadas y de sabotaje ocurridas el 30 de noviembre de 1956, principalmente en Santiago de Cuba y Guantánamo, fue publicado en forma de relato con el título “La Valerosa Acción de Santiago de Cuba”, en la edición clandestina del periódico *Revolución* (órgano oficial del MR-26-7), que vio la luz en la primera quincena de febrero de 1957. En las fuentes consultadas hay discrepancias en cuanto a su autoría. De acuerdo con el testimonio tomado a Enzo Infante -responsable de propaganda del M-26-7 en Oriente.

El primer trabajo que hicimos después del 30 fue preparar el primer número del periódico *Revolución* que se imprimió en La Habana. El material que se publicó en este primer número lo elaboraron fundamentalmente Frank y Armando Hart. Recuerdo que revisamos los materiales, incluso en el Colegio de Maestros (...) Armando mandó esa información para La Habana con fotos y esas cosas (...) (Poveda, 2003, p. 18).

Por su parte, su reproducción en la edición del periódico *Revolución* en noviembre de 1959 fue acompañada de una nota aclaratoria de su director Carlos Franqui, en la que precisa que lo escribió a partir de una entrevista que él le hiciera a Frank País, a quien acompañaban Félix Pena y otros santiagueros, en la redacción de la revista *Carteles* (*Revolución*, 30 de noviembre de 1959, p. 1) Posteriormente, este texto apareció como anexo en una obra de carácter testimonial sobre el luchador clandestino, al que se le atribuyó su autoría (Miranda, 1983, pp. 215-224).

De acuerdo con Lucila Fernández, el testimonio-relato se caracteriza porque la narración va estructurándose alrededor de una o varias acciones y es hecha directamente por el protagonista, sin la participación de intermediarios; asume con frecuencia la forma de crónica o diario de campaña. En este caso nos parece más una crónica acerca de esos sucesos, y para su valoración tomamos en cuenta los parámetros siguientes: a) relevancia histórica de su contenido; b) veracidad de lo narrado y c) sensibilidad para presentar los hechos (Fernández, 1978, p. 186).

a) Relevancia histórica de su contenido

Se estructura en torno a uno de los acontecimientos más relevantes de la lucha popular armada en la década del cincuenta que, de conjunto con el desembarco de los expedicionarios del Granma, desencadenaría un movimiento revolucionario que lograría el derrocamiento de la dictadura de Fulgencio Batista. Al valorar sus resultados Frank País afirmó:

La falta de una verdadera unidad, de un verdadero y más acabado trabajo revolucionario, la falta de recursos y de medios bélicos hizo que el brote insurreccional del 30 de noviembre no tuviera el empuje necesario para derrocar al régimen (...) y nos demostró lo ineficaz de mucho de nuestros líderes (Portuondo, 1988, p. 317).

No obstante, también pudo apreciar el lado positivo de aquellos sucesos cuando escribió “Esta experiencia nos ha costado un saldo doloroso de mártires, pero ganamos en madurez, en conciencia revolucionaria y nos demostró lo ineficaz de mucho de nuestros líderes” (Portuondo, 1988, p. 317). Sin dudas, el 30 de noviembre reveló el espíritu indomable y rebelde de la juventud santiaguera y oriental, en donde con más fuerza resonaron los sucesos del 26 de julio de 1953 y del juicio, y el alegato político y programático contenido en *La historia me absolverá*, por lo que esas acciones fueron una respuesta de la juventud santiaguera y del pueblo de Oriente al llamado revolucionario que representó el Moncada. Los combatientes vistieron por primera vez el uniforme verde olivo que distingue a nuestras Fuerzas Armadas. Unos días después, en el Boletín Oficial del Movimiento 26 de Julio se informaba a la opinión pública de las acciones realizadas en la provincia y otros lugares del país, como expresión de que independientemente de sus resultados inmediatos, la insurrección estaba en marcha:

En Oriente –afirmó- hasta las mujeres se han lanzado a la calle en plena pelea (...) Las madres de todo Oriente gritan a pulmón lleno: ¡CESEN LOS ASESINATOS DE NUESTROS HIJOS! ¡CAIGAN LOS ASESINOS! Y cuando las madres dan esas voces no tardan mucho sin que vean cumplidas sus promesas (...) La rebeldía oriental no ha terminado nunca hasta que los tiranos no hayan desaparecido (...) (Miranda, 1983).

En definitiva, en la figura de Frank País, principal organizador y promotor del 30 de noviembre, se expresa gran parte del significado de aquellos hechos (Hart, 1983, pp. 396-398).

a) Veracidad de lo narrado

Se ha podido comprobar que con independencia de los elementos de ficción que sin duda están presentes en este relato testimonial, en su contenido se describen de modo bastante realista los momentos principales de los preparativos, desarrollo y resultados del estallido insurreccional del 30 de noviembre de 1956 en Santiago de Cuba. Además, se ofrecen algunos datos y vivencias sobre la cantidad de contendientes en ambos bandos y su actuación en el combate, así como el número de bajas sufridas que deben ser corroboradas con otras fuentes.

Mediante una estructura compuesta por una introducción en la que se describen los ajustes finales realizados al plan de acción en reunión efectuada el 26 de noviembre, día en que “(...) quedó decidido que los puntos básicos eran la Policía Marítima, la Policía

Nacional y el cuartel Moncada” (Miranda, 1983, pp. 215-224), del trabajo frenético en la preparación de las casas-botiquines y la repartición de armas y uniformes, así como el fervoroso ambiente reinante -anécdotas incluidas- entre los acuartelados en la casa de la familia Tey Saint-Blancard; y varios subtítulos en los que se narran cómo acontecieron los hechos.

“Se inicia el primer combate” relata el enfrentamiento en la estación de la Policía Nacional, situada en la Loma del Intendente, y sus resultados, incluyendo una breve descripción de la heroica muerte de Pepito Tey, Tony Alomá y Otto Parellada; “Cae la capitanía del Puerto” refiere la toma de la estación de la Policía Marítima, donde los atacantes adquirieron un alijo de parque y armas; “El objetivo básico: el Moncada” da cuenta de las causas del fracaso de esta parte del primer plan, debido fundamentalmente al no accionar del mortero contra el cuartel Moncada, donde estaba planeado el bombardeo combinado con un bloqueo, incendio u otras acciones simultáneas; “Aspectos del pueblo”, resalta la amplia ayuda y colaboración de los estratos y clases populares con los revolucionarios durante el desarrollo de las acciones combativas y después de estas, la cual fue puesta en tela de juicio por la propaganda intencionada del régimen que trató de negarla u ocultarla; “El Plan número dos” narra cómo al fracasar este primer plan, se puso en práctica el número dos el cual “Consistía en replegarnos, tomar las alturas de la ciudad y comenzar una guerra de francotiradores” (Miranda, 1983, pp. 215-224), que se mantuvo hasta el domingo dos de diciembre, en que se ordenó el repliegue en espera de las noticias sobre la expedición del Granma y nuevas orientaciones, contenido del subtítulo quinto; “En Guantánamo” relata las acciones armadas y el inicio de una huelga en esa ciudad; y “El Plan número tres” trata las acciones de sabotajes a los servicios públicos, quema de cañaverales, incendios de las grandes propiedades, etc., que se pusieron en práctica después del 30 de Noviembre, caracterizada por la situación violentísima en Santiago de Cuba y en toda la provincia oriental, y que debido a la incapacidad de la fuerza pública para dominarla dio inicio a una bárbara masacre que había estremecido e indignado a toda la ciudadanía puesta íntegramente en pie de lucha (Miranda, 1983, pp. 215-224).

b) Sensibilidad para presentar los hechos

El relato se caracteriza por el empleo de un lenguaje llano y directo, pero no es una narración lineal, sino que se utilizan algunos recursos de la ficción literaria, incluyendo ciertos elementos de intriga que permiten establecer una mayor conexión con el lector al reflejar los sentimientos revolucionarios participantes, lo que le otorga mayor verosimilitud; por ejemplo, cuando reproduce la reacción de Tony Alomá, quien al conocer la orientación de que los hombres casados o con responsabilidades familiares no fueran al combate, nervioso, gritó: “Nadie puede quitarme el derecho de pelear por Cuba” (Miranda, 1983, pp. 215-224). Como afirma Ibarra Cuesta “La intriga puede ser, digamos, tanto histórica como literaria”. Según Ricoeur, ‘esta definición recíproca del

acontecimiento y la intriga, asegura la identidad estructural entre la historia y el relato ficticio” (Ibarra, 2001, p. 137).

Una opinión más crítica de Frank País “(...) la persona que estuvo a cargo de las operaciones del 30 de noviembre en Santiago, Ermita y Guantánamo (...)” (Gálvez, 1991, p. 481) aparece en sus cartas y circulares clandestinas, y han sido empleadas, fundamentalmente, como fuentes históricas en libros de carácter biográfico. Al valorar esos sucesos Frank afirmó:

El Movimiento Revolucionario 26 de Julio afronta todas las consecuencias de la Revolución a que un régimen engreído y despótico nos obligó. Y una Revolución no es simplemente un estallido insurreccional que valientemente desencadenó la juventud cubana el pasado 30 de Noviembre en Santiago de Cuba y el 2 de Diciembre en la Sierra Maestra, con el desembarco de Fidel Castro y las tropas por él directamente comandadas.

Una Revolución es eso y mucho más. Cuba entera sabe que de acuerdo con nuestra estrategia habremos de provocar, por la acción directa del todo el pueblo, el derrocamiento de la dictadura. Y esa acción se manifiesta en el sabotaje, incendios, quema de cañas, etcétera. (Gálvez, 1991, p. 481).

A la escritora santiaguera Yolanda Portuondo es a quien debemos el más abarcador testimonio múltiple sobre este hecho recogido en su libro: *30 de Noviembre. El alzamiento de la ciudad de Santiago de Cuba*, que incluye dentro del género de compilación bibliográfica (Portuondo, 1986, p. 10), así como los libros testimoniales acerca de su principal organizador: Frank País, y de la vida y obra revolucionaria de sus mártires: Pepito Tey, Tony Alomá, y Otto Parellada.

Conclusiones

Resulta innegable el valor del testimonio para la re-construcción histórica de la lucha insurreccional en la década del cincuenta, cada vez se hace más necesario recopilar las vivencias de los protagonistas y participantes directos e indirectos en los mismos, sin importar tanto la forma en que se haga. Si alcanza un vuelo estético que le permita convertirse en una obra de arte, mejor, lo más importante es no dejar oculto o en la sombra ningún hecho o acontecimiento por muy pequeño o negativo que sea, a fin de seguir alimentando la memoria colectiva de un pueblo que sigue viviendo en Revolución.

El testimonio no puede eludir las subjetividades que nos trasmite, y que no siempre son del todo justas, independientemente de la persona que lo exprese, ya que su empleo eficaz por el historiador obedece a las reglas que hay que seguir con la crítica de cualquier fuente histórica.

A la indudable eficacia propagandística por su inmediatez y veracidad que debió haber tenido el relato-testimonio titulado “La Valerosa Acción de Santiago de Cuba” en el momento de ser publicado, se añade su innegable valor documental como fuente histórica para la re-construcción de esos hechos, basados en el testimonio múltiple de algunos de sus protagonistas y participantes poco tiempo después de haber sucedido.

Otros testimonios recogidos en cartas, circulares, particularmente de Frank País, constituyen una fuente de inapreciable valor a tener en cuenta para analizar estos hechos con un sentido más crítico. Urge actuar con premura para acopiarlos o contribuir a ello, y plasmarlos en blanco y negro de forma profunda y amena al mismo tiempo.

Referencias bibliográficas

1. Belic, O. y Brabak, J. (1986). *Introducción a la Teoría Literaria*. La Habana: Editorial Pueblo y Educación.
2. Cairo Ballester, A. (1989). *La Revolución del 30 en la narrativa y el testimonio cubanos*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.
3. Castro Argote, P. (2001). Yolanda Portuondo, biógrafa de la clandestinidad santiaguera. En Duharte Jiménez, R. y otros, *Tres siglos de historiografía santiaguera*. Santiago de Cuba: Oficina del Conservador de la Ciudad.
4. Fernández, L. (1978, enero-marzo). El testimonio en la Revolución. *Revista Universidad de La Habana*, 207, 185-191.
5. Gálvez Rodríguez, W. (1991). *Frank: entre el sol y la montaña*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.
6. Guevara de la Serna, E. (2006). *Pasajes de la guerra revolucionaria. Cuba 1959-1969*. (Edición anotada). La Habana: Editora Política.
7. Ibarra Cuesta, J. (2001, julio-septiembre). Puntos de contacto entre la narrativa histórica y literatura. *Temas*, 26, 130-137.
8. Iznaga Beira, D. (1989). *Presencia del testimonio*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.
9. López Segrera, F. (1989). *Cuba: Cultura y Sociedad*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.
10. M-26-7 (1959, noviembre 30). *Revolución*. La Habana.
11. Martí Pérez, J. (1973). *Obras Completas* (t. 5). La Habana: Editora Nacional de Cuba.
12. Miranda Martínez, C. (1983). *Trazos para el perfil de un combatiente*. Santiago de Cuba: Editorial Oriente.
13. Portuondo López, Y. (comp.). *30 de noviembre (1986)*. Santiago de Cuba: Editorial Oriente.
14. Poveda Díaz, A. (2003). *Propaganda y revolución en Santiago de Cuba: 1952-1958*. Santiago de Cuba: Oficina del Conservador de la Ciudad.
15. Zanetti Lecuona, O. (2005). *Isla en la Historia. La historiografía de Cuba en el siglo XX*. La Habana: Ediciones Unión.